UNA INCESANTE INQUIETUD: *REPOSO*, DE RAFAEL ALTAMIRA

José Ramón González
Universidad de Valladolid

De entre todas aquellas fechas que la historia de la novela española del siglo XX ha ido construyendo como lugares significativos, en torno a los que trenzar una explicación satisfactoria -verosímil- de un devenir en principio inaprehensible, destaca, aun cuando sólo sea por una mera cuestión de orden cronológico, la de 1902. Es de sobra conocido que en ese año se produce lo que los historiadores de la literatura han caracterizado sin pudor como un pequeño milagro: la aparición en las librerías españolas de *La voluntad*, de José Martínez Ruiz, *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno, *Camino de perfección*, de Pío Baroja y *Sonata de Otoño*, de Ramón del Valle Inclán. Cuatro novelas de muy distinta intención estética y de diversa profundidad ideológica pero coincidentes en una misma afirmación rupturista y aniquiladora de los moldes que había ido fraguando la promoción del realismo-naturalismo. Todas ellas son elocuente testimonio de lo que podemos denominar el inicio de la modernidad narrativa en España (y dejo a un lado la "modernidad" de los representantes de promociones anteriores -Galdós, Pardo Bazán o Palacio Valdés- o lo que no son otra cosa que meros fenómenos marginales, como Silverio Lanza)

Esta coincidencia se prolonga, en algún caso, más allá de ese rechazo compartido (de ese "no" plural) y lo común alcanza también al ámbito de los asuntos, del mundo imaginario alzado por el novelista, Personajes, situaciones, trama o encadenamiento de las acciones, preocupaciones ideológicas..... ofrecen destacados paralelismos. Así ha sido también frecuentemente subrayada la evidente afinidad espiritual que existe entre las figuras de Antonio Azorín, protagonista de *La voluntad*, y Fernando Ossorio, el héroe (o, más bien el anti-héroe) de *Camino de*

Perfección. Proximidad reforzada, además, por el desenlace final de las dos novelas. Las expectativas vitales de ambos protagonistas se ven frustradas por las imposiciones de la realidad y su periplo vital termina en un aparente callejón sin salida. Varados en una existencia de limitados horizontes esconden su frustración tras la consoladora ficción de una renuncia. Fernando Ossorio, curado de sus inquietudes - incomodidad de clara raíz sociológica pero que se manifiesta externamente como síntoma de lo que se considera una patología espiritual - se nos aparece en el último capítulo de la novela "purificado por el trabajo y la vida del campo" (334).[1] Claro está que el narrador se encarga de apuntar la dirección de un nuevo y definitivo fracaso. Mientras Fernando, en una clara proyección de sus aspiraciones en su hijo, diseña mentalmente para él un plan de vida en el que no caben los "estudios inútiles" ni las "ideas tristes" ni mucho menos "el símbolo misterioso de religión alguna" (concausas de una inadapatación social que se aproxima a la enfermedad), la abuela, - informa el narrador- "cosía en la faja que habían de poner al niño una hoja doblada del Evangelio" (335).

No estamos muy lejos del Antonio Azorín recluido en su pueblo, a merced de su mujer, su suegra y sus cuñados, ajeno a toda inquietud intelectual y sujeto (en el doble sentido del término) de una existencia mezquina, que Martínez Ruiz se preocupa de describir detalladamente en las cartas finales de su novela. "Azorín deja hacer y vive, vive como una cosa ... " (2 8 9).[2] Esa es la visión última del héroe, y sin que falte, en este caso, el diagnóstico explicativo:

> No es extraño, pues, que nuestro amigo Azorín, que ha nacido aquí y aquí se ha educado, sea un lamentable caso de abulia; es un hombre *sin acabar,* cosa nada rara en este pueblo según queda consignado. En otro medio, en Oxford, en New York, en Barcelona siquiera, Azorín hubiese sido un hermoso ejemplar humano, en que la inteligencia estaría en perfecto acuerdo con la voluntad; aquí, en cambio, la falta de voluntad ha acabado por arruinar la inteligencia. (297)

La abulia, el mal de moda en el fin de siglo tan cercano al marasmo unamuniano, esa enfermedad del espíritu y de la socie-

---

[1] Pío Baroja, *Camino de perfección*, Madrid, Caro Raggio, 1974.
[2] Azorín, *La Voluntad* (edición de E. Inman Fox), Madrid, Castalia, 1972.

dad que, siguiendo las teorías psicológicas de Théodule Ribot *(Les maladies de la volonté)*, había descrito y elaborado teóricamente con todo pormenor Angel Ganivet en su *Idearium español*, y había ejemplificado dramáticamente en *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid*, es, en el análisis del Martínez Ruiz personaje, la causa que explica radicalmente - desde la raíz - el fracaso de Azorín (y no importa que en una segunda consideración podamos apuntar que lo que aparece como causa puede ser también descrito, en otros contextos, como síntoma - una reversibilidad conceptual muy frecuente).[3] Claro está que si la abulia es considerada como enfermedad (y, por lo tanto, como algo necesariamente temporal y no permanente; si no, estaríamos ante una anormalidad constitutiva) el narrador se preocupará de dejar abierta la posibilidad de una curación, de una rectificación satisfactoria que suponga la recuperación de la normalidad. La enfermedad, por definición, o tiene cura, o la espera.

Pero todo esto que he señalado - fechas, datos externos, contenidos - es más que sobradamente conocido y si lo traigo a colación en estas páginas es tan sólo como punto de apoyo sobre el que construir mi argumentación posterior, como un simple recordatorio de algo que es necesario tener presente. Porque lo que ya no es tan sabido (o ha sido olvidado) es que la editorial Heinrich y Cia, de Barcelona, y en el marco de la "Biblioteca de novelistas del Siglo XX", (es decir, la misma editorial y la misma colección que había dado a conocer en 1902 *La voluntad*, de Azorín y *Amor y Pedagogía*, de Unamuno) publicó, en 1903, una interesante novela hoy en día casi olvidada del escritor regeneracionista Rafael Altamira, Esa novela llevaba por título *Reposo*, y había sido escrita, si hemos de creer al propio autor, entre los meses de septiembre y noviembre de 1902. El libro ha recibido, curiosamente, muy escasa atención por parte de la crítica.[4] Y ello

---

[3] Sobre la abulia, que constituye una de las preocupaciones centrales en el universo ideológico de los autores del fin de siglo - y al margen de trabajos ya clásicos, como el de Doris King Arjona, "*La voluntad* and abulia in Contemporary Spanish Ideology", *Revue Hispanique*, 74, 1928, págs. 573-670 -, puede consultarse el reciente artículo de Gayana Jurkevich, "*Abulia*, Nineteenth-Century Psychology and the Generation of 1898", *Hispanic Review* 60 (1992), págs. 181-194.

[4] Es cierto que la novela ha sido recientemente reeditada, con un prólogo iluminador, por Juan A. Ríos Carratalá (Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992), pero no es menos cierto que el ámbito regional de la institución editora ha tenido como consecuencia el que su distribución no haya sido todo la amplia que la novela merece. Al margen de la introducción de Ríos Carratalá, han de tenerse en cuenta para el estudio de este texto dos excelentes trabajos de Juan Rodríguez: "Rafael Altamira novelista: la epopeya de un intelectual", *Journal of Interdisciplinary Literary Studies/CIEL*, University of

a pesar de que en algún caso, y estoy pensando en un conocido trabajo de Leonardo Romero Tobar sobre la novela regeneracionista, se menciona al paso - y sin elaborar detalladamente - la condición que, a mi entender, hace de *Reposo* una obra de impostergable consideración. Escribía Romero Tobar en su estudio de 1977 :

> Pero no todas las obras narrativas continuadoras de la temática regeneradora conllevan una experiencia tan paralizante del fracaso, El *Reposo* que Altamira publicó en 1903 es todo un alegato contra el dolido desencanto de las "novelas del 98", Al igual que en *Camino de perfección* y *La voluntad*, el mito del viaje reparador organiza la estructura de la novela, cuyo protagonista - un joven escritor desalentado de la lucha por la vida en el marco ciudadano - es capaz de sacar de su flaqueza las fuerzas morales suficientes para intentar una reforma del sistema de propiedad de las aguas de regadío vigente en una indeterminada zona del levante español, El fracaso de su empresa noble, planteada en los términos de política de cosas que caracterizaba las novelas de fines del XIX, no le impide reanudar, al final de la novela, su anterior vida de combate intelectual. (208-209)[5]

Acierta sin duda Romero Tobar, aunque eluda entrar en mayores honduras, porque no resulta disparatado en absoluto considerar la novela de Altamira, ya no sólo como un alegato contra las novelas del 98 que él estudia en esas páginas, sino como una réplica concreta y precisa, en el plano ideológico, a las novelas de 1902. Y muy particularmente a *La voluntad*.[6] Hasta tal punto, añadiría, que la lectura de *Reposo* adquiere cuerpo y una especial densidad significativa si se realiza desde ese marco. Veámoslo con detenimiento.

La fórmula elegida por Altamira para estructurar la trama de

Nebraska/Universiteit van Amsterdam, 2.2 (1990), págs. 253-273, y "Erotismo e intelectualidad en la novela española de entresiglos", Hispanistica XX (número monográfico dedicado a "Erotisme et Corps au XXeme Siecle"), Université de Bourgogne, 9 (1992), págs. 169-184. El primero ofrece una inteligente aproximación a la práctica novelística de Altamira; el segundo se ocupa del autor sólo de forma tangencial, pero ilumina aspectos relevantes de la novelística del fin de siglo.

[5] Incluido en el libro de conjunto – Mercedes Etreros, María Isabel Montesinos y Leonardo Romero -, *Estudios sobre la novela española del S. XIX*, Madrid, CSIC, 1977

[6] A este mismo aspecto se refieren tímidamente (sin elaborarlo en detalle) Ríos Carratalá (págs. 32 de su edición) y Juan Rodríguez (Págs. 266-267 en el primero de los dos trabajos mencionados).

la novela es, en efecto, la de un viaje, un desplazamiento en el espacio que supone al mismo tiempo una exploración interior en busca de nuevas normas vitales de actuación (un viaje interior). Lo que sucede es que, a diferencia de las otras dos novelas consideradas, la de Altamira comienza, precisamente, donde acababan las de Azorín y Baroja. *Reposo* arranca narrativamente hablando con una huida (o una claudicación, según el punto de vista que adoptemos). El protagonista aspira a una tranquilidad que le permita recuperar la salud espiritual (la "salud del alma", como la llamará en alguna ocasión el narrador) perdida en el tráfago de la ciudad de los hombres. Los primeros párrafos de la novela presentan a Juan Uceda, su protagonista, como pasajero de un tren, camino de Levante, medio adormecido, ávido de lograr un descanso reparador:

> Juan, que iba solo en el departamento, abrió todas las ventanillas buscando la frescura del aire matinal, Hizo esfuerzos por distraerse con el paisaje, deseoso de contemplar su hermosura severa, pero no pudo. Se echó sobre el asiento, cerró los ojos y le pareció que caían sobre él, juntamente, la fatiga del viaje nocturno y el inmenso cansancio de su alma, para cuyo remedio había salido de Madrid. Pero ni siquiera pudo enfrascarse en una de aquellas meditaciones que en él eran frecuentes y constituían su mayor delicia espiritual. Sentíase aplastado, incapaz de pensar, apeteciendo sólo el reposo, el sueño profundo que no llegaba, turbado por el estrépito del tren y la conciencia oscura, que Juan no perdía, de estar ya al término de su viaje ... (5-6)[7]

Uceda huye de Madrid y, como otros muchos profesos de un bucolismo salvador, busca en la familia, en la naturaleza y en la existencia calmada del campo, la curación de unas imprecisas inquietudes que son consideradas como definitorias de una enfermedad nerviosa. En efecto, una vez que ha llegado a su destino, la conversación que sostiene en el cap. II con el tío Vicente (médico retirado a sus posesiones campestres y, como pronto descubrirá el lector, paradigma del buen cacique), es suficientemente reveladora. Ante la sorpresa que el buen aspecto y la

[7] Citaré por la primera edición (Barcelona, Heinrich y Cia, 1903). Por otra parte es notable la insistencia, desde el primer momento, en el carácter meditativo – marcadamente intelectual – del personaje. En este aspecto insiste particularmente Rodríguez ("Rafael Altamira novelista ...").

juventud de Uceda (a quien no ha visto en 20 años) producen en su tío, Juan responde:

> - Vamos, usted creía que iba a ver un madrileño como esos que pinta la leyenda provinciana: pálido, delgado, calvo, sin pizca de sangre en las venas, un viejo prematuro, producto moderno de las grandes poblaciones.
>
> El tío Vicente rió a su vez,
>
> -¡No, hombre! Ya sé yo que en Madrid hay de todo. Pero quien trabaja como tú, no suele echar carnes, ni conserva la juventud muchos años; y como tú mismo no dejas de quejarte ...
>
> - Ese es otro cantar - interrumpió Juan, poniéndose súbitamente serio, - No tengo más que fachada, tío. Pero por dentro ...
>
> Calló, sintiendo nuevamente toda la fatiga de su alma y el peso enorme de la mala noche, que había conseguido vencer por breves momentos.
>
> - Neurastenia, exceso de trabajo - repuso el tío. - Verás que bien te sienta una temporada de reposo en estos campos, a orillas del mar. Es cosa probada.
>
> - ¿Neurastenia? - repitió el sobrino. - No digo que no. Pero si he venido, no es por lo que usted cree. El trabajo intelectual no me cansa ... Es cuestión de método. ¡La lucha, la lucha con los hombres, el rozamiento continuo con la brutalidad humana, con la ignorancia, con la maldad, con la rutina, con las miseriucas todas del vivir, eso es lo que mata! Estoy cansado; me rindo, y abandono el combate. Busco reposo en el aislamiento y la naturaleza. (11-12)[8]

Más adelante, en el capítulo V, y mediante el recurso de un sueño recapitulador, el narrador ofrecerá algunos detalles sobre las luchas madrileñas del protagonista y sobre los acontecimientos que le han conducido a su estado actual. Más interesante, sin embargo, que el análisis de las causas de la enfermedad, resulta el atender a su curso, a su proceso. El plan de vida establecido

---

[8] Tanto Ríos Carratalá como Juan Rodríguez han demostrado el rendimiento crítico que aporta la consideración de ciertos trabajos periodísticos del propio Altamira redactados en fechas no muy lejanas a las de la composición de la novela y en los que se descubre idénticas preocupaciones. Se trata, particularmente, de los trabajos "Psicología literaria", "La literatura del reposo" – este es, quizá, el más revelador de todos -, "Los intelectuales" y "Psicología de la juventud", incluidos en *Psicología y Literatura*, Barcelona, Heinrich y Cia, 1905; y las diferentes estudios sobre literatura recogidos en *De Historia y Arte*, Madrid, Victoriano Suárez, 1898.

por Vicente, ese nuevo regimen al que se somete Uceda, y que podemos considerar resultado de una prescripción facultativa, va obrando positivamente sobre el espíritu cansado.

Uceda redescubre los placeres sencillos de la vida familiar y se aproxima íntimamente - en una escena común a tantas novelas de la época - a la naturaleza. Es la recuperación de una sensibilidad abotargado por la vida ciudadana y una actividad en la que predomina el ejercicio de las facultades intelectivas.

> A Juan le parecía ver, tras la corteza de los troncos, la savia fecunda que corría como un río de vida, diseminándose por los mil canalillos de las hojas y de los tallos para cuajarse en brotes preñados de color, de perfumes y de azucarados jugos. La atención cada vez más intensamente aplicada, descubría a cada paso nuevos motivos de admiración y nuevas fuentes de belleza, gozándose en pormenores antes inadvertidos, hallando placer en distinguir matices y formas que antes se confundían, y sintiéndose subyugada por la poesía inefable que emanaba de todas las cosas, aun las más vulgares en apariencia, El oído, aguzado, empezó a notar ruidos sutiles que henchían el silencio del jardín: un fruto maduro que, rozando hojas y ramas, caía al suelo sordamente; una flor carnosa que se desprendía del tallo; un revuelo de pájaros que medrosamente se escondía entre el follaje; un zumbido de insecto que volaba después de libar, y en cuyo brillante caparazón ponía tornasoles de luz en lo alto ... (67- 68)

La apertura sensorial - cuya riqueza justifica la longitud de la cita - permite que la conciencia de Uceda comprenda las verdaderas, y limitadas, dimensiones del individuo y le coloca en situación de aceptar dócilmente la idea de su natural sometimiento a una totalidad viviente. Es la fusión o con-fusión con el orden superior de la Naturaleza, que en más de una ocasión se encontrará el lector de la novela finisecular.[9] Las consecuencias de esta experiencia (que es vivida como una "epifanía" o revelación definitiva - aunque es, más bien, una falsa revelación), son claras: el desprecio de la actividad previa.

> Y Juan creyó ver, por primera vez desde que le preocu-

[9] Basta, como ejemplo ilustrativo, recordar la sección final de *Tinieblas en las cumbres*, de Ramón Pérez de Ayala, en la que Alberto Díaz de Guzman "ensaya"- sin éxito - la fusión de su conciencia individual en la conciencia cósmica.

> paban estas cuestiones, la inutilidad de las luchas humanas, lo efímero y despreciable de los intereses individuales y el profundo error, ante cuya ara había consumido su juventud entera, de aquellos empeños dolorosos que le arrebataron el reposo de su espíritu. (68-69)

También la enseñanza que de todo ello se desprende se impone como una evidencia incuestionable:

> Había que olvidar todo aquello, que venir a sumirse en el reposo solemne de las cosas, dejando que las energías naturales del espíritu fuesen cumpliendo su fin, acertando instintivamente su camino como lo acertaban los demás seres del mundo, desde los más pequeños e insignificantes, arrastrados por la corriente del orden universal. En esto estaba el descanso verdadero, el término de toda conturbacción y de toda fatiga. (69)

De hecho, el "secreto de la vida", que "se le había revelado con claridad inesperada", facilita la renuncia a todo lo que viene a ser considerado como propio de la vida artificial de las ciudades, como una imposición cultural que falsifica la naturaleza real del hombre. Al igual que Ossorio, Uceda cree encontrar la fórmula mágica en una conformidad con lo instintivo y lo natural. Por eso, el repaso mental del modelo vital que su tío Vicente y su familia representan calma temporalmente sus inquietudes:

> ...todo volvió a vivir nuevamente en la imaginación del que había llegado en busca de paz, y cada cosa fue repitiéndole su sensación de reposo, de "descansada vida", de honda y tranquila conformidad con lo que se halla sobre la voluntad de los hombres. Una serenidad profunda le refrescó el alma y le renovó las fuerzas. (7 1)

Por un momento parece que ha logrado su objetivo y que la salud del alma se encuentra al alcance de sus fuerzas. Sin embargo, el narrador se preocupa de indicar muy claramente que su papel se limita a transcribir la percepción del personaje:

> Creyó haber logrado plenamente lo que apeteció mil veces, entre lágrimas, en los momentos de depresión que las luchas le traían; y lo creyó con fe inmensa, que parecía venir de las cosas exteriores, dominando y subyugando el espíritu e inundándole con la alegría de una felicidad sin reservas y sin temores. (7 1)

La selección verbal no deja lugar a dudas ("creyó ... y lo creyó con fe inmensa"): el párrafo transcrito es la descripción de un estado de ánimo o de una actitud mental, pero implica, en otro plano, una distancia entre personaje y narrador de la que el lector no puede menos que tomar nota.

En cualquier caso, páginas más adelante, será el propio Juan quien lo confiese abiertamente y con claridad:

> - Te vas curando, ¿no es eso? - preguntó don Vicente con visible satisfacción.
>
> - Me creo curado - contestó Juan. - El efecto de esta vida ha sido en mí rapidísimo y profundo, Me siento tranquilo, equilibradas las fuerzas, y hallo placer en mil cosas de esta existencia campestre, sencilla, que antes me hubiera fastidiado quizá y ahora me hablan un lenguaje apaciguador y atractivo. (109)

Esa tranquilidad no supondrá, no obstante, el abandono definitivo de las preocupaciones sociales. A diferencia de Azorín o de Ossorio, Uceda reemprenderá el camino de la acción, pero circunscrita a ese pequeño mundo en el que se ha instalado (una fórmula a la que tampoco es ajeno Baroja). De hecho, la inquietud reformista seguirá viva tras la aparente calma.

> Con la inquietud fundamental de su espíritu, que seguía latiendo por bajo de la placidez exterior, hubiera querido empezar en aquel instante la obra que, de pronto, se alzaba ante él gigante y bella, halagadora y fecunda. Su antiguo instinto de luchador se manifestaba nuevamente, transformado, oculto bajo apariencias de cosa muy distinta; pero, como antes, nervioso, febril, subyugador, arrastrando a la acción. (111- 112)

El renacido impulso que aquí se menciona se concretará en una serie de movimientos que buscan solucionar lo que Uceda considera una injusticia social: el reparto tradicional de las aguas de regadío. En este punto la novela entra plenamente en el ámbito de las preocupaciones reformistas o regeneracionistas, tal y como indicaba la cita de Romero Tobar que antes traje a colación. Pero lo importante para la lectura que propongo no reside en esta dimensión de la novela, sino en el conflicto que la nueva actitud de Juan suscita. Para el tío-médico, recluido en su peculiar arcadia, la actividad es síntoma claro de una recaída. Juan ha vuelto a las andadas y la solución consistirá en más de lo mismo:

aislamiento, descanso, contacto con la naturaleza. Para Juan, sin embargo, el asunto es mucho más complejo. Y, sobre todo, de una sutileza mucho mayor que la que el tío imagina. Ya cerca del desenlace sostienen Vicente y su sobrino una conversación reveladora. El tío rechaza los planes de Juan:

> No lo apruebo, porque es tanto como suicidarse, como anular todo el valor educativo del regimen a que voluntariamente acudiste, y con gran motivo por cierto. Y no me lo explico, porque no puedo creer, porque no me cabe en la cabeza que aquí puedas sentir solicitaciones para volver a inquietudes y desgastes que, si no son como los madrileños, se les parecen mucho. Para mí, es que no estás bien curado, que no has puesto de tu parte todo lo que hace falta, en precauciones y en voluntad, sobre todo en voluntad, para arrojar de ti el veneno que traías y permitir que te domine este campo y esta manera de vivir, que no fallan nunca. (292)

A lo que Juan replicará más adelante:

> ¡Si es todo lo contrario! Mi voluntad ha querido desde el primer momento someterse a todas las influencias de este lugar bendito. Mi espíritu se ha abierto a todas las impresiones que emanan de esta Naturaleza y de esta vida, las mismas que ustedes reciben y les han hecho como son; creo haber sentido emociones completamente nuevas, que sólo una intimidad hondísima con estas cosas puede producir; he refrescado mi ánimo con la sensación de placidez, de calma, que aquí se respira; he llegado hasta el miedo y la repugnancia de volver a lo otro, a lo que dejé, temblando que me cogiese de nuevo el monstruo y me estrujara entre sus brazos; he puesto de mi parte todo lo que he podido y me he acongojado alguna vez al pensar que pudieran reproducirse las tristezas pasadas... (293)

Y, en este preciso momento, Juan vislumbrará "un rayo de luz en la explicación de aquel aspecto personalísimo del problema, que tocaba a lo más íntimo de sus preocupaciones", Si Vicente se considera a sí mismo como un hombre sano, inmune al "virus de las grandes ciudades", a la "fiebre americana", es porque Juan y él son, simplemente, diferentes: "Es que usted y yo somos diferentes, no por la vida que hemos llevado, sino por la condición de nuestro carácter." (294) Así de simple. La enfermedad se resuelve en diferencia de caracteres. Es decir, la distancia que media entre ambas actitudes deja de expresarse en el eje

salud/enfermedad para desplazarse hacia un territorio neutral en el que los dos polos en cuestión pasan a presentarse, sencillamente, como alternativas diferentes (vinculadas, eso sí, a constituciones individuales irreductibles entre sí). De hecho, lo que resta de novela en este momento de la lectura no será sino la confirmación del nuevo planteamiento. El último intento de Vicente, que busca para Juan un aislamiento aun mayor, fracasará y el lector verá confirmado en el epílogo el descubrimiento de Uceda: para algunos el reposo es una aspiración inalcanzable. En un verdadero ejercicio de simetría, la novela se cierra con el viaje de regreso a Madrid. Juan se despide de su tío que le pide que permanezca más tiempo con ellos:

> Sería inútil. Ya ha visto usted que pueden más las condiciones de mi carácter que los remedios aplicados.
>
> -Te engañas, te engañas - afirmó el anciano. - Haces mal en precipitarte, La Naturaleza es infalible. Acaba por curar siempre. Es cuestión de tiempo, de constancia ...
>
> -Para los que llevan en el fondo de su espíritu el germen del reposo, sí - contestó Juan. - Para los inquietos como yo, no. La más leve cosa turbará siempre nuestro sosiego.
>
> -¡Pero ese Madrid te va a matar!
>
> -¡Quién sabe! Tal vez, para los que son como yo, la vida es la lucha y el descanso la ilusión de los instantes de desfallecimiento. (319-20)[10]

[10] Tanto Ríos Carratalá como Rodríguez señalan la coincidencia entre este final y las palabras que cierran el artículo "La literatura del reposo". La convergencia es tan clara que tal vez merezca la pena transcribir un largo - e iluminador - fragmento: "Todavía sueñan muchos con hallar el sosiego en la naturaleza, buscando el reposo sedante a la febril excitación de su alma; o bien, huyendo de la *Corte* apetecen el *cortijo*, que suponen asiento de toda paz, con igual ilusión que los rousseaunianos. Pero ya despunta en ellos la sopecha de que sea inútil buscar la serenidad en remedios exteriores, por ser ella cualidad interior, variable según los espíritus, irreductible en cada uno y de imposible adquisición, tal vez, como no sea en cortos momentos, que aumentan, cuando gozados, la sed de fijarlos eternamente." Y, a continuación: "Esta desconsoladora conclusión a que se inclina la literatura moderna, resolviendo de un modo pesimista el problema psicológico tantos siglos ha planteado, ¿quién sabe si llevará a más alto concepto de él, a más desinteresada y humana apreciación de la paz del individuo en relación con los intereses superiores de la humanidad? ¿Quién sabe si los poetas de mañana no hallarán que el reposo – simple aspiración del espíritu en momentos de fatiga, medicina temporal que restituye las fuerzas para la nueva lucha – es, si se mira como estado perpetuo, normal, apetito de egoístas y gusto sólo logrado por los indiferentes, para quienes nada importa en el mundo sino es su propia vida; o por los ciegos de alma, reducidos a los más elementales cuidados de la existencia vegetativa? ¿Quién sabe, en fin, si dirán que para los espíritus nobles, que se interesan por todo, se conduelen de todas las miserias, sienten como suyos todos los dolores, tienen conciencia d ela misión altruista del individuo y se levantan a las más puras esferas del ideal, el reposo, el sosiego, la calma, son vanas quimeras, hijas de un desfallecimiento momentáneo, y que la inquietud, la intranquilidad, la fiebre son los signos de la acción, que fecunda la vida y la lleva adelante, entre quejas y desilusiones" (*Psicología y Literatura*, págs. 60-61)

En las últimas líneas, a medida que el tren sube la meseta manchega, en el alma de Juan se funde "poco a poco la amargura del desengaño ante la fiebre producida por la evocación de las luchas a que volvía con nuevos ímpetus." (320).

Como se puede colegir de lo expuesto en rápido acercamiento, la novela de Altamira es también en su final una inversión de las de Martínez Ruiz y Baroja. A diferencia de Ossorio y Azorín, Uceda reemprende una vida de plena acción en la gran ciudad. El reposo y la salud que, en ciertos momentos, cree haber recuperado no se convierten en coartadas para la inactividad y son construidas literariamente como un breve paréntesis. Un eficaz descanso y no una forma de vida. No adquieren para Juan el carácter de norma de actuación (o de inactividad) vital,

Así pues, Altamira ha optado por construir, a lo largo de las páginas de su novela, un héroe diferente, una contrafigura que responde con su actividad a la inacción final de los protagonistas de las otras novelas comentadas, Por eso *Reposo* puede ser considerado, sin violencia intelectual, una declaración concreta y precisa, la afirmación de una posibilidad y el rechazo de lo que en tantas novelas se había convertido en coartada ideológica. Altamira, partidario de las reformas sociales, se niega a discutir la cuestión del papel del intelectual/artista en el marco histórico del fin de siglo (y no falta en la novela la inevitable referencia a los acontecimientos de 1898) en los términos en los que sus contemporáneos, que comenzaban a ocupar posiciones dominantes en el campo literario, la habían planteado. La renuncia no es la única salida, ni un desenlace inevitable. Uceda (trasunto literario del propio autor) ha sido convocado en el texto novelesco para demostrarlo ante los lectores.